



## “Los amigos no necesitan verse todos los días; están siempre presentes”

Publicado 9 el agosto de 2012 por Revista Autónoma de Comunicación Año 1, Número 1

Por Gustavo De la Vega Shiota

A Miguel Ángel Granados Chapa

A principios de la década de 1960, el periodismo era una actividad que atraía a muchos estudiantes universitarios. Había quienes escribían poesía y/o cuento, otros hacían crónicas o entrevistas, unos más dibujaban y otros fotografiaban. Era un periodismo juvenil bien visto no sólo por los mismos estudiantes, sino también aceptado e impulsado por profesores y autoridades. En la Escuela Nacional Preparatoria 1 de la UNAM, yo escribía en periódicos estudiantiles, especialmente sobre acontecimientos relacionados con la vida cotidiana del plantel. Abordaba los asuntos políticos y sociales de esa “Prepa 1” y lograba cierto impacto entre mis compañeros y profesores. Sin embargo, en más de una ocasión el periodismo sirvió para hacer denuncias sobre personas y grupos que atentaban contra la integridad física y emocional de los alumnos, los que años más tarde serían denominados “porros”.

En una ocasión fui amenazado por denunciar la injerencia de grupos políticos nacionales en la organización estudiantil. Mi profesor de Psicología me recomendó que visitase la Escuela de Ciencias Políticas y pidiera asesoría a los profesores que enseñaban la carrera de Periodismo acerca de cómo actuar en situaciones como ésta. Así fue que llegué al maestro Luis Castaño, autor del libro *Régimen Legal de la Prensa en México*. Al salir de su clase acompañado de otra persona lo abordé. Ambos vestían muy formalmente con saco, chaleco y corbata. El maestro Castaño me presentó a su *adjunto*, quien me orientaría. El maestro partió y el *adjunto* me invitó a la cafetería de la escuela para que platicáramos en forma amena. Inició su conversación presentándose: Soy Miguel Ángel Granados Chapa y trabajo como ayudante en la materia *Régimen Legal de la Prensa*, de la cual el maestro Castaño es el titular. Estoy terminando la carrera de Periodismo y también soy abogado, me explicó. Una vez que le narré las amenazas de las que estaba siendo objeto, él me dibujó el contexto

político de la prensa, que aún en mi prepa tenía los mismos protagonistas, en su debida proporción. Me sugirió no retroceder en mis actividades y que, en forma abierta, expusiera al director de la prepa mi suposición sobre su injerencia en ese ambiente de intimidación. Su recomendación fue acertada, pues durante los meses que seguí estudiando allí desaparecieron esos vándalos. Quedé muy gratamente impresionado de su caballerosidad, su sensibilidad y su capacidad para comprender un problema y proponer soluciones.

En el siguiente año escolar ingresé a esa Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales con el ánimo de estudiar Diplomacia, Periodismo o Sociología. Ya en clases, varias veces saludé a Miguel Ángel en la cafetería a la que me llevó el día que lo conocí. Pasó el tiempo y una tarde-noche corrió la noticia de que los del MURO (grupo ultraderechista) lo habían golpeado por las críticas periodísticas que les hacía. Siendo congruente con el apoyo que en una situación de conflicto él me brindó, me apresuré a realizar una denuncia sobre la agresión de la que fue objeto y el rechazo que los universitarios hacíamos sobre el acoso a la libertad de expresión, la cual fue publicada en la prensa de la ciudad de México. Días después, Miguel Ángel agradeció y reconoció la solidaridad recibida no obstante que no teníamos contacto diario y expresó una frase que no olvido: “Los amigos no necesitan verse todos los días; están siempre presentes”.

Por esos años se lanzó como candidato a la dirigencia de la Asociación de Alumnos de la escuela, que era un símil de las sociedades de alumnos del resto de escuelas y facultades de la UNAM, sólo que en Ciencias Políticas el concepto estaba argumentado y justificado. Además no había “grupos culturales” que impulsaban las candidaturas, sino partidos. O sea, todo claro respecto al fin. Él fue el candidato del Partido Auténtico Universitario, de tendencia democrática y liberal y se enfrentó a los candidatos de dos partidos. Uno enarbolaba como filosofía la Revolución Mexicana, y el otro al socialismo. Perdió en un ambiente en el que dominaba el marxismo, pero tuvo el vaor de plantear su posición política y fue respetado.

Pasó el tiempo y a mediados de la década de 1970 lo descubrí en las páginas de *Excelsior*. En ese diario que entonces era de los principales del mundo, fungía como subdirector editorial y dirigente de la cooperativa, por lo que me volví a dirigir a él para solicitarle su presencia en un ciclo de conferencias sobre cooperativismo, que yo promovía en el medio rural. En su peculiar estilo directo y preciso señaló que asistiría no obstante estar muy ocupado, sólo porque su amigo lo invitaba. La fecha del evento coincidió con el asedio que el gobierno de Luis Echeverría tenía hacia ese diario de diversas formas, entre las que destacaban los ataques de otros medios de comunicación, particularmente de la televisión.

El día que le correspondía hablar a Miguel Ángel, desde temprano llegó a la sede del seminario un equipo de televisión del noticiario que sistemáticamente incriminaba a los dirigentes de *Excelsior* y preguntaron por él. Los profesores dedujimos que se trataba de incomodarlo e ideamos cómo ingresarlo y despedirlo del auditorio del

entonces Instituto Nacional de Protección a la Infancia, en la avenida Emiliano Zapata. En su conferencia, Miguel Ángel discurrió sobre las organizaciones sociales y el respeto que el Estado debe guardarles, lo que convenció a decenas de alumnos sobre las perspectivas del desarrollo social. Ya arriba del taxi en el que se marchaba, me dio las gracias tanto por la invitación como por haberlo librado de los medios y le respondí con sus palabras: “Los amigos no necesitan verse todos los días; están siempre presentes” Sonrió, levantó su mano derecha hasta la altura de su ceja y partió.



Finalmente el gobierno federal logró tomar la cooperativa *Excelsior*, y Miguel Ángel y muchos periodistas y trabajadores más salieron acompañando a Julio Scherer. Tiempo después me invitó a la reunión celebrada en un hotel del Paseo de la Reforma, donde se anunció la creación de la organización que semanas más tarde publicaría *Proceso*. Solamente como un acto solidario de amigos adquirí una acción, de la que nunca tuve pretensiones.

Como dirigente del Colegio de Sociólogos de México, entre 1980 y 1982, tuve su apoyo en varias ocasiones. No puedo olvidar que nos presentó a Manuel Buendía para que en su columna promoviera el primer congreso de Sociología Rural que se celebraba en México. Fue tan impactante el trabajo de Buendía que Oaxtepec como sede fue insuficiente para dar cabida a participantes y medios de comunicación, consiguiendo en varios diarios “la de ocho columnas”. Le llamé y sonriente me dijo que habíamos destapado la cloaca que había en el campo. Fue tan significativo el congreso que con el gremio de los sociólogos logramos presencia en la prensa en repetidas ocasiones.

Pasó el tiempo y con mucho gusto y orgullo me enteraba de todos los espacios donde participaba como periodista y se distinguía por su valor, objetividad y capacidad de análisis, lo mismo en prensa impresa que en medios electrónicos.

En varias ocasiones el destino nos acercaba y así a distancia nos saludamos en el centro de Tulancingo, donde realizaba un acto de campaña como aspirante a la gubernatura del estado de Hidalgo. En los portales de Morelia, el Día de Muertos del año 2005, cuando yo consumaba una práctica de campo con alumnos de Ciencias de la Comunicación, nos reencontramos. Solo le destaqué que no cuidaba su voz, pues yo la escuchaba sin claridad a través de la radio. Me confesó sobre su enfermedad. A los alumnos que estaban conmigo les dio mucho gusto saludarlo, pues tuvieron la oportunidad de estrechar la mano de uno de los mejores periodistas, de uno de los pocos políticos congruentes y, para nuestro orgullo, de un egresado de la Facultad.

Al reiniciar labores en la UNAM el año 2000, asumí la coordinación del Eje Metodológico de la carrera de Ciencias de la Comunicación y decidí que los profesores deberíamos actualizarnos, por lo que organicé el curso *La Enseñanza de la Metodología en las Ciencias de la Comunicación* e invité a distinguidos profesionales de la Comunicación para que compartieran con 30 profesores la forma como ellos investigaban en su quehacer profesional. Indudablemente que Miguel Ángel estaba considerado, así que le llamé y su respuesta fue afirmativa. Habló y compartió a detalle cómo lograba escribir diariamente artículos, partes de libros y otras actividades, siempre con la orientación de un método. Una profesora le preguntó por qué toda esa fabulosa experiencia que tenía no la enseñaba en la Facultad que fue su *alma mater*. Él respondió: “sólo estoy aquí porque Gustavo me invitó...”.

Hace meses me enteré de que un grupo de profesores de Comunicación organizaba en la Facultad un reconocimiento para él y que lo había aceptado. Me pareció doblemente acertado. No asistí, pues una práctica de campo con mis estudiantes me lo impidió, pero celebré el reencuentro con su Facultad.

No puedo ocultar otro agradecimiento para Miguel Ángel con la deferencia que tuvo con mi tesista Mariana Franco Rodríguez, quien al escribir su trabajo *Opinión pública en México: Una mirada desde el periodismo*, al concederle una entrevista. A ella también expresó como definitiva nuestra amistad para atenderla durante varios días después de su “Plaza Pública” en *Radio Universidad*.

Ahora Miguel Ángel se ha marchado. Él seguramente razonó que el final era inminente y con entereza lo asumió, tal como lo hiciera en muchos capítulos de su vida. En esta ocasión lo hizo del conocimiento de los miles de lectores y radio escuchas que diariamente seguían su destacado quehacer de formador de opinión pública. No cabe duda que hasta para el evento final fue objetivo, formal y comunicativo. Sé que su muerte generará muchas esquelas de personas e instituciones que reconocen la trascendencia de su praxis en la vida pública y que habrá discursos que destacarán con maestría el rol que asumió en la lucha por la

democracia en México. Será necesario valorar a profundidad su desempeño en la formación de la opinión pública, así como su activismo en la vida política, pues se distinguió por ser un permanente luchador social desde su perspectiva democrática y liberal.

Por ahora yo, más con emoción y añoranza que con razón, sólo puedo describir los lazos eventuales que me unieron a él y forjaron una amistad perenne. No olvidaré que “los amigos no necesitan verse todos los días; están siempre presentes...”.

Por eso digo yo: nos veremos, Miguel Ángel.

---